

DRA. MARISA MOSTO

PRESENTACIÓN DEL “CURSO DE METAFÍSICA” DEL DR. EMILIO KOMAR

“II. PARTICIPACIÓN Y PRESENCIA”

Hay una anécdota que a menudo contaba el Dr. Komar que nos servirá para introducirnos al tema de este capítulo del curso de metafísica. Resulta que una vez un peregrino pidió hospedaje en una ermita en la que vivían tres frailes franciscanos. Los frailes lo recibieron encantados y lo invitaron a su mesa. Se entretuvieron largo rato en una animada conversación. Cuando llegó la hora de la despedida uno de los frailes le preguntó al peregrino “¿Por qué no te quedas un poco más con nosotros?” “¿Para qué quieres que me quede?” Le preguntó a su vez el peregrino. “Para ser el cuarto” le contestó el monje. Para «seguir estando juntos», comentaba Komar: “Querían seguir estando juntos porque estaban **bien** juntos”.

El Dr. Komar contaba la anécdota y yo me imaginaba que aquel rincón en el que esos hombres “estaban **bien** juntos” y en el que gustaban permanecer así, juntos, gozando de la presencia uno del otro, por algún motivo se parecía en algo al paraíso.

A veces pienso que gran parte del sentido del ajetreo del **eros** que moviliza la vida es ese: aprender a estar bien juntos, a gozar el uno de la presencia del otro.

...

Este capítulo del curso de metafísica del Dr. Komar, nos presenta los supuestos metafísicos y antropológicos y los obstáculos histórico-filosóficos, de esa difícil y sencilla experiencia humana de la expansión vital en la comunión con los seres.

...

Comienza diagnosticando el problema de la incomunicación, constatado en el ambiente cultural de la época. Las películas de Ingmar Bergman, *Puertas cerradas* de JP Sartre, la novela *Lugar del diablo* de Carmen Gándara y hasta el suicidio de Marilyn Monroe, sirven de ejemplos a la hora de señalar la dificultad del hombre actual para la comunicación.

La gente se aparta, esta apurada, ausente, se escuda, huye, teme, busca y no encuentra. Hay un profundo deseo y miedo del otro. El miedo, el imperativo de seguridad y la falta de confianza nos llevan lejos de la presencia y la comunión, a relaciones de sometimiento y dominio que introducen violencia y destrucción material y espiritual.

El anhelo de control y dominio no ha sido una característica exclusiva del siglo XX. Comienza con la historia del hombre, con aquella *tormenta* que lo arrastra desde los acontecimientos del paraíso y que se ha visto recrudescida por la confianza puesta en el matrimonio entre el saber y el poder del pensamiento racionalista matematizante,

unívoco, como lo llama Komar, que concluye en el sistema despersonalizante en que vivimos. Sistema que construimos entre las ruinas y la ausencia del hombre.

El Dr. Komar intenta llevarnos de la mano por el infierno del silencio del vacío y la pobreza de nuestra experiencia, para que reconozcamos los supuestos filosóficos que yacen detrás de nuestro estilo de vida cotidiano. Luego inicia un camino de ascenso en el que señala con numerosos ejemplos la importancia para la salud de la vida de la presencia **al ser y del ser**, la maravilla de la experiencia de la comunión con los seres. Para finalmente hacernos mirar hacia arriba, como aquél encadenado de la alegoría de Platón y que seamos capaces de reconocer que la profunda riqueza que percibimos con nuestra presencia en la **presencia** de lo real no puede sino hundir sus raíces en la **Participación**.

...

Los abstractos temas de la metafísica alcanzan la dimensión concreta de la vida cotidiana. Aparecen en la mesa familiar, en el café, en la reunión de amigos, en el trabajo, en la cola para esperar el teléfono público, en el aula, en el estudio y la investigación, en la relación matrimonial y hasta en el simple gesto de ir a comprar un traje.

Lo cotidiano es el lugar natural de la vida humana y el presupuesto ineludible del crecimiento y la expansión de la vida humana es estar **presente** a sí misma y al mundo. El *fieri aliud in quantum aliud* (el hacerse otro en tanto otro) con el que comúnmente definimos al acto de conocimiento, se encuentra en la raíz de todos los movimientos vitales, está en la raíz del amor, de la posibilidad de la libertad, la paternidad, la filiación, el matrimonio, en la experiencia religiosa, estética, en la raíz del cumplimiento de la propia tarea por pequeña o grande que fuera. La capacidad de presencia nos acerca a la experiencia de la riqueza infinita y permanente escondida en los seres, nos permite gozar de ella, alimentarnos y colaborar con ella. La figura de este movimiento nos señala que la comunión con la alteridad es el único camino para desplegar nuestra identidad.

La verdadera lucha por la vida o la lucha por la verdadera vida, se lleva a cabo en la subordinación, en la adecuación al orden de la vida. Cuando **no** dirigimos nuestra agresividad hacia el crecimiento, hacia la expansión vital que hace posible el orden del ser, la dirigimos contra el que tenemos más cerca. Pasamos de la lucha «**por**» la vida a la lucha «**contra**» o «entre» nosotros. Pasamos de la «**comuni6n**» en la adecuaci6n a la «**separaci6n**» y aislamiento del dominio y sometimiento. Y este viraje del «por» al «contra» es un modo de abandono y ausencia. Abandono de uno mismo, del matrimonio, del hijo, de la vocaci6n.

Pero la actitud de **presencia** y docilidad depende de un reconocimiento previo. Hace falta que se reconozca el valor de la propia vida y de la vida de lo que se tiene enfrente. Y ocurre que siglos de falsa b6squeda de liberaci6n en la negaci6n de todos los l6mites, siglos en definitiva, de amores falsos y de falso sentido de la subordinaci6n han socavado la posibilidad de percepci6n del verdadero lugar de la alteridad para la propia vida. Lo «otro» es material pl6stico, amorfo, ef6mero, inconsistente, sin identidad ¿c6mo podr6a entusiasmarme? Lo otro es instrumento u obst6culo de mis proyectos ¿c6mo podr6a comulgar con 6l? Y si no pierdo de vista que yo soy tambi6n «un otro» para los dem6s,

entonces yo también soy materia plástica, amorfa, efímera e inconsistente. Debilitamiento del mundo e hipertrofia del yo vacío. De ahí que la huida y la corrida, el manotazo de lo espectacular, sean la salida *natural* de la vida cotidiana. El espíritu de dominio, una de cuyas radicalizaciones sobre la que insiste Komar, ha sido el racionalismo, tiene como punto de llegada el hastío del nihilismo, la desidia, la violencia y la ansiedad.

...

Las políticas totalitarias y masificadoras del siglo XX, el existencialismo ateo, el marxismo, el positivismo y el pragmatismo han ido construyendo la cotidianidad social entorno a este vacío que en definitiva concluye en la insensibilidad frente al valor de los seres. La insipidez de la vida bloquea el camino a la experiencia de la participación. Y finalmente nos hemos vuelto ciegos para captar la presencia de Dios en el mundo.

...

Seremos capaces de alcanzar una cierta experiencia natural de lo sagrado y lo divino, en primer lugar, cuando podamos asombrarnos por el simple hecho de la maravilla de la **existencia**.

Cuando pongamos entre paréntesis ahora, la búsqueda del “cómo”, típicamente esencialista y manipuladora para prestar atención al misterioso hecho de la existencia. Somos y podríamos no ser. Nuestra existencia no depende de nosotros y si no depende de nosotros y sin embargo existimos, entonces quiere decir que Alguien nos la esta regalando. La experiencia de nuestra contingencia y del carácter de donación del ser o lo que es lo mismo, de participación del Ser, puede llegar a ser una y la misma. Y la participación nos habla de la presencia de lo divino en nosotros, de nuestra cercanía a lo divino.

Siguiendo a Cornelio Fabro, Komar retoma el tema de la participación y presencia desde esta perspectiva, en la búsqueda de su fundamentación metafísica última: “Este es un tema –nos dice- que se presta a grandes desarrollos ascéticos y místicos: la intimidad esencial de la presencia de Dios, no su lejanía. Dios nos tiene agarrados, sostenidos, desde siempre y desde lo más íntimo. Toda religiosidad vivida, contiene un sentimiento profundo de una cercanía, de una cierta intimidad de lo divino.”

Y Dios es también la plenitud del Ser que nos invoca. Este hecho explica la energía que empuja el dinamismo de los seres en busca de la expansión de su naturaleza. El hombre está llamado a deificarse a hacerse semejante a lo divino según la expresión de San Bernardo de Claraval. Dios nos atrae hacia Sí, hacia la comunión con la Plenitud de la Existencia y cuando la energía con que lo buscamos no encuentra su verdadera salida perturba todo el orden del dinamismo.

Visto desde aquí concluye Komar “El universo es portador de un mensaje, encarnación de un amor y ansia de un retorno.” (...) “Todas las participaciones entre los entes finitos tienen sentido si hay una participación de lo finito en lo infinito. Hay en los seres finitos un fondo divino inagotable, fuente de una riqueza no dominable ni controlable, que es justamente aquello que constituye el sabor de todos los valores, de todos los

conocimientos. La desdivinización de los seres y su reducción a la dimensión de meras cosas, hace la vida invivible y la comunicación imposible e innecesaria.”

...

Contaba Guy Debord que uno de los reclamos de los jóvenes de la contestación de mayo del '68 era la satisfacción de la necesidad de crecer en una comunidad en que fuera posible **“la verdadera presencia de verdaderas personas en un tiempo verdadero”**. Hoy la seguimos necesitando, es el anhelo que está detrás de nuestros movimientos vitales. A pesar de las variadas propuestas de los medios de comunicación de hacia dónde deberíamos orientar nuestros esfuerzos para el éxito en la vida, creo que necesitamos poca cosa más que eso. El texto de Komar echa luz sobre esa necesidad y nos orienta a la salida. Nos invita a intentar “ser el cuarto” en la mesa de los tres. Sospechamos también algo del aroma encerrado en ese número, en definitiva, el de la verdadera presencia de verdaderas Personas en un tiempo verdadero.